

ELSA BORNEMANN
LOBO ROJO Y CAPERUCITA FERROZ





www.loqueleo.santillana.com

© 1991, 1996, 2011, ELSA BORNEMANN
c/o GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA
WWW.SCHAVELZONGRAHAM.COM

© 2011, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4339-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: CYNTHIA ORENSZTAJN

Bornemann, Elsa Isabel

Lobo Rojo y Caperucita Feroz / Elsa Isabel Bornemann ; ilustrado por Cynthia

Orensztajn. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

48 p. : il. ; 20 x 17 cm. - (Álbumes Ilustrados)

ISBN 978-950-46-4339-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Orensztajn, Cynthia , ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARTES GRÁFICAS INTEGRADAS, WILLIAM MORRIS 1049, FLORIDA - VICENTE LÓPEZ, REPÚBLICA ARGENTINA.

ELSA BORNEMANN

LOBO ROJO Y CAPERUCITA FERROZ

ILUSTRACIONES DE
Cynthia Orenszajn



loqueleg

En el bosque de Zarzabalanda –precioso bosque que queda bastante lejos de aquí– había una vez en la que la paz era la reina del lugar. Sus habitantes convivían felices y contentos: desde los troncos más anchos y las copas más altas hasta las hierbas más delicadas... desde los osos más corpulentos hasta la más frágil de las mariposas. Todos, felices y contentos.

Las personas no habían penetrado aún en ese bosque y a este cuento habría que colocarle –ya mismo– el cartelito de “colorín colorado” si no fuera porque llegó un día en el que esa paz, esa tranquilidad del “había una vez” del principio se convirtió en “otra vez”. Y esa “otra vez” empezó un tiempo de miedo en el bosque de Zarzabalanda.

Claro que únicamente para los lobitos, pero miedo al fin... por lo que la maravillosa paz, de la que todos disfrutaban hasta entonces, pasó a ser un recuerdo.





El caso es que los lobitos comenzaron a vivir muertos de miedo.

¡Ah...! Los pobres tenían razón de sentirse así...
Las lechuzas habían visto algo que...
y los pájaros madrugadores habían contado que...

¡Ah!, ¡qué mala suerte!

¿Qué habían visto las lechuzas?







Pues a una nena solitaria, silenciosa y cubierta con una caperuza, recorriendo –de noche– los dos únicos caminitos que daban vueltas como serpentinas a través del bosque de Zarzabalanda. Ella los atravesaba una y otra vez, como si quisiera aprender sus recorridos de memoria.

Los dos caminitos los habían abierto los animales –de tanto ir y venir de un lado al otro– y comunicaban cuevas, madrigueras, nidos, tal cual se comunican las casas de los hombres en cualquier barrio del mundo.

Uno era un largo camino largo.

El otro, un corto camino corto.

¿Qué habían contado los pájaros madrugadores?



Pues que durante sus volares más allá de Zarzabalanda, ellos llegaban a los alrededores de un pueblo vecino donde vivía esa nena y que se decía que era la mismísima Caperucita Feroz.

¡Ay, qué desgracia! ¡La Caperucita Feroz andaba ahora suelta en el bosque de Zarzabalanda! ¡Y se comentaba que su mayor deseo era conseguir pieles de lobitos para confeccionar sus capas!

Nada menos que la peligrosa Caperuza Feroz... Una nena parecidísima a la Caperucita del viejo cuento que todos conocemos, sí, aunque parecida solamente porque también era una nena... también usaba una graciosa caperuza para cubrir cabellos y espalda... y también acostumbraba atravesar los bosques... Pero mientras que la antigua Caperucita era buena como el pan, esta –la de nuestra historia– no, nada que ver. Lo cierto es que era una criatura mala, muuy mala, remala, malísima, supermala, a la que –por supuesto– nada le encantaba más que hacer maldades.



El que más asustado estaba –desde que se había enterado de que la Caperucita Feroz andaba recorriendo el bosque lo más campante– era el lobito Rojo, un animal hermoso como nunca nadie viera. (Lo llamaban “Rojo” porque era totalmente pelirrojo).

Cada mañana su mamá lo cepillaba desde las orejas hasta la punta de la cola. Su pelaje colorado quedaba –entonces– tan brillante que algunos animales vecinos opinaban que se lo lustraban con pomada. Y decían, cuchicheando muy bajito, que la Caperuza Feroz justo andaba en busca de una piel como aquella para hacerse una capita de invierno...







Una tarde, la mamá llamó a Rojito y le anunció:

—Querido hijo mío, vas a tener que ir hasta la casa de la abuelita para llevarle estas lanas. Me mandó a avisar que ya se le acabó el montón que le enviamos el mes pasado.

—Y le dio una cesta repleta de madejas con las que la abuela loba solía tejer abrigadas mantas.

El lobito se puso a temblar.

—Brrr... Ir... ¿yo solo? —preguntó, porque, hasta ese día, él siempre había visitado a la abuela junto con su madre.

—Sí, hoy no puedo acompañarte, pero ya estás crecilito y es hora de que empieces a atravesar el bosque solito y solo.

—Pero... mami... —protestó Rojo—, ¿y si se me aparece la Caperuza Feroz?

Un poquito disgustada debido a que su pequeño no demostraba ser valiente, la madre resopló, dando fin a la charla:

— ¡Si se te aparece esa fiera de dos patas y trenzas rubias... a espantarla con un horrible gruñido y una serie de dentelladas frente a su misma nariz! ¿O acaso mi hijo no es todo un señorito lobo?

Rojo se sintió un poco avergonzado, porque la verdad era que no tenía el coraje que esperaba su mamá. Pero tragó saliva y se quedó callado, pensando que debía animarse a salir solo, por primera vez.

Y se animó.

Por eso, al rato partió rumbo a la casa de la abuelita, canasta en pata y tratando de “hacerse el valiente”... (¡pero con un miedo...!).